

Los comisarios. Policiales camperos de Velmiro Ayala Gauna y Rodolfo Walsh

Gerardo Pignatiello

Universidad de Buenos Aires

1. Introducción

La teoría temprana sobre el *género policial* representada por Régis Messac, Walter Benjamin y Roger Caillois sostiene que esta literatura comienza con la sociedad moderna, urbana, capitalista y de masas. Pero cuando investigan sus antecedentes encuentran una prehistoria rural y de rastreadores en lugar de metrópolis y detectives. Régis Messac en *Le «Detective Novel» et l'influence de la pensée scientifique* (1929) hace una búsqueda minuciosa dentro de la literatura mundial para encontrar desde la antigüedad rastros de un paradigma inductivo en el razonamiento que conduce las pesquisas de los detectives modernos. En esa historización—que comparten estos tres autores—se encuentran con los *pathfinders* de Fennimore Cooper, indígenas *Redskin* que saben rastrear, conocen el terreno y son capaces de leer indicios en la geografía norteamericana. Messac los ve como “Sherlock Holmes primitifs parmi les non-civilisés” (234). Pero no se trata sólo de prehistoria. En el campo—real y literario—argentino, después del rastreador, el otro pesquisante que convive con la literatura policial de escenario urbano es el comisario rural. Este personaje

es uno de los aportes más originales que el policial argentino ha hecho al género.

En Argentina, se da un proceso de adaptación del género a los ámbitos locales que, con cierta originalidad, abre, a mi juicio, lo que podría ser considerado un subgénero: el *policial campero*.¹ Se trata de un tipo de narración policial que se desarrolla en el ámbito rural y tiene características específicas. En los casos que voy a analizar aquí, los personajes Laurenzi de Rodolfo Walsh y Don Frutos Gómez de Velmiro Ayala Gauna son *comisarios rurales*.² La hipótesis que sostengo es que la opción por un policía como figura pesquisante, además de ser una justificación en la búsqueda de verosimilitud, como señala en general la crítica especializada (Jorge Lafforgue y Jorge B. Rivera 87; Elena Braceras, Cristina Leytour y Susana Pittella 101), genera a su vez una discusión en torno a los saberes de la detección. La profesión policial en conjunto con el espacio rural abren la narración hacia una forma distinta de procedimientos y métodos para la resolución de casos criminales.

2. Los comisarios

Los comisarios de Walsh y Ayala Gauna poseen cualidades propias y otras adquiridas a través del contacto con el medio rural. Presentan la particularidad de llegar a ese lugar para encargarse de lo que nadie se encarga, investigar algo que la justicia desconoce o sobre lo que, a pesar de conocer, no interviene. Puede ser un delito, un misterio o un problema social. Allí, comienzan a fundarse procedimientos, intrigas, modos de escapar o de ocultar. Los relatos se adentran en esas problemáticas nuevas para el género. El *policial campero* viene a descubrir un nuevo mundo de problemas policiales y de misterios perdidos en el campo.

Estos personajes son fuertemente referenciales y verosímiles, tienen su contraparte en una realidad de comisarías de pueblos pequeños, alejadas de los grandes centros urbanos y con características distintivas, tanto en su

¹ Este policial en espacio rural no tiene siempre protagonistas policías. Se podrían mencionar los cuentos de Leonardo Castellani cuyo detective es un religioso, el Padre Metri, o algunos cuentos de Antonio Di Benedetto donde la pesquisa es realizada por un periodista o un funcionario estatal. Para los orígenes del *policial campero argentino*, ver Pignatiello “*Facundo* y los orígenes”.

² Podrían añadirse también a los comisarios Leoni de Adolfo Pérez Zelaschi o Pablo S. Laborde de Manuel Peyrou.

accionar como en la sociedad donde operan. Elena Braceras, Cristina Leytour y Susana Pittella ven la frecuencia de estos comisarios en el policial argentino como una circunstancia del propio proceso de traducción del género:

A los argentinos se les planteó la problemática de cómo traducir un elemento tan formalizado como es la figura del detective, porque obviamente las condiciones sociales y económicas de nuestro país no eran propicias para la incorporación en la narrativa policial de un detective privado.

El mismo afán de verosimilitud, que determinó la ambientación de los cuentos de Walsh en distintos escenarios de la geografía argentina, debe de haber jugado también para la creación de un comisario con nítidas connotaciones nacionales. (101)

Frutos Gómez y Laurenzi son ejemplo de estos casos. Por otra parte, estos comisarios dan cuenta de todo un complejo sistema de implementación de la institución policial en zonas de campo en Argentina, que ha tenido especificidades que determinan las “connotaciones nacionales” en el proceso de traducción que señalan estas autoras. Es necesario hacer una breve síntesis de este proceso para entender mejor la realidad de los personajes.

Hélène L’Heulliet sostiene que la policía surge en la ciudad como una forma particular de gobierno ligada a las problemáticas específicas de ese espacio. Aparece como un tipo de política más técnica. En la conjunción de ley y ciudad aparece el protocolo de implementación del código legal. Esta forma particular de conexión entre la teoría y la práctica constituye el cuerpo del reglamento: “Le règlement serait alors la forme de législation qui convient à la police, car c’est une législation particulière et une application de la législation générale” (L’Heulliet 138). El problema de la adecuación, del terreno incierto que se abre entre la ley y su aplicación, encuentra en la policía a uno de sus sujetos más afectados. Su accionar, como sostiene L’Heulliet, “attire l’attention du politique vers le bas” (139), lo concreto, y va creando una “política de lo bajo”. Por otra parte, en ciertos lugares, la policía es el único componente de control gubernamental sobre la población. Esto último se hace patente sobre todo en zonas rurales, donde el proceso de conformación de las fuerzas de seguridad tiene sus complejidades.

En Argentina, los estudios más sistemáticos sobre la institución policial empiezan a tener por primera vez una presencia importante dentro del ámbito académico. Hasta hace unos años ese interés había sido infrecuente. Dos razones explican esto, según Marcelo Saín:

Por un lado, la propia institución policial ha rechazado toda forma de escrutinio o intromisión cognitiva tendiente a dar cuenta de sus estructuras organizativas, sus trazos doctrinales y sus prácticas institucionales. [...] Por otro lado, en el ámbito de las ciencias sociales se impuso un sistemático repudio a estudiar a la institución policial, sus prácticas, modalidades de actuación, desempeños, culturas, ritos, basamentos organizacionales, estructuras de formación y capacitación y tradiciones institucionales. (29)

Pero eso ha comenzado a cambiar y se ha comenzado a investigar sobre la historia de las policías en Argentina. Laura Kalmanowiecki sostiene que la policía en Argentina “was the creation of bureaucratized forces distinct from the military that enjoyed state authority to coerce civilians and deliver them to judicial authorities” (213). Según explica la autora, se trató de un proceso centralizado del gobierno, en un mayor grado en los Territorios Nacionales que en las provincias (Kalmanowiecki 213). Esto, sin embargo, no restaba incidencia a los factores locales. Las debilidades de la presencia territorial del estado nacional y la existencia de poderes anteriormente establecidos planteaban la relación de fuerzas en la que estaban inmersas las policías provinciales. Gabriel Rafart, que ha estudiado los casos de los Territorios Nacionales de la Patagonia, explica que “[d]esde la administración nacional se definían los candidatos de la fuerza policial en forma similar a la de los nombramientos para otras tareas dentro de cada gobernación nacional.” (171). Pero a esto había que sumarle también el hecho de “ser un vecino influyente” (Rafart 173). Se trataba de una negociación entre poder nacional y poderes locales.

Ernesto Bohoslavsky, quien también estudia la zona patagónica, señala, por ejemplo, las dificultades de reclutamiento del personal subalterno en Neuquén: “Un oficio que era mal pago, que implicaba dependencia de los comisarios y los hombres fuertes locales, que era infamante al punto de que algunos preferían que no se hiciera público que cobraba sueldo de policía: ¿quién quería ingresar a la institución?” El panorama estaba marcado por la escasez de gente, la presencia de poderes

locales y la necesidad de migraciones tanto para poblar como para vigilar. A estos problemas hay que agregar el factor geográfico. Oscar Ernesto Mari menciona que en las primeras décadas del siglo XX en el Territorio Nacional del Chaco “a la hora de la persecución de un delincuente, no era lo mismo hacerlo en leguas de campo abierto como en los Territorios del sur, que en los cerrados montes chaqueños” (4).

Estos han sido algunos de los inconvenientes que ha tenido la larga historia de la implementación de la institución policial en las zonas rurales de Argentina, que no tuvo grandes cambios sino hasta la primera mitad del siglo XX. En este período transcurren los relatos que propongo analizar. Velmiro Ayala Gauna escribe *Los casos de don Frutos Gómez* en el año 1955 y *Don Frutos Gómez, comisario* cinco años más tarde, en 1960. Pero el momento de los sucesos narrados es un poco anterior. Ciertos datos como guerras civiles y la mención a la Guerra del Chaco entre Bolivia y Paraguay (1932-1935), muestran un período inmediatamente posterior a la segunda mitad de la década de 1930. Por su parte, Rodolfo Walsh publica los relatos que incluyen la figura del comisario Laurenzi, “Simbiosis”, “Zugzwang”, “Los dos montones de tierra”, “Transposición de jugadas”, “La trampa” y “En defensa propia”, entre 1956 y 1964 bajo el seudónimo de Daniel Hernández. Todos, excepto “En defensa propia”, aparecen en la revista *Vea y Lea* (Paletta 81).³ La temporalidad de esos relatos, según datos que aparecen en los mismos, se sitúa en el período posterior a las presidencias radicales de Yrigoyen y Alvear hasta el año 1940, que es la fecha en que transcurre el último cuento de la saga, “En defensa propia”.⁴

Laurenzi y don Frutos Gómez son comisarios en pueblos bastante aislados del país. Laurenzi trabaja principalmente en Choele-Choel, pero también en Santiago del Estero, en Las Flores, por citar apenas algunos lugares donde se desempeñó. Mientras que Frutos Gómez lo hace en un pueblito ficcional, Capibara-Cué, en la provincia de Corrientes. A pesar de

³ Los que se publican por primera vez en *Vea y Lea* son: “Simbiosis”, en XI, 249, 15/11/1956; “La trampa”, en XI, 269, 3/10/1957; “Zugzwang”, en XII, 274, 12/12/1957; “Los dos montones de tierra”, en XV, 363, 25/5/1961; y “Transposición de jugadas”, en XV, 371, 14/9/1961. Mientras que “En defensa propia” aparece en *Tiempo de puñales*. Seijas y Goyanarte: Buenos Aires, 1964, 45-52 (Jorge Lafforgue, *Textos*).

⁴ “En defensa propia” es el único de los cuentos que no transcurre en zona rural, sino en la ciudad de La Plata.

estar lejos el uno del otro, tienen características y experiencias comunes. Ambos vivieron en un momento en que sus nombramientos fueron algo nuevo tanto para ellos como para la sociedad que los recibía. En el cuento “El arribo”, a partir de la muerte de la esposa de Frutos Gómez, se narra el cambio de vida de este capataz de la estancia “San Luis del Palmar”, propiedad de don Juan Román, el “cheruvichá”⁵ con quien peleó en las guerras civiles correntinas:

Don Juan Román, gran conocedor de hombres, comprendió la causa de su transformación y una tarde lo llamó a su despacho:
 –Mirá, Frutos –le dijo–, vos la querías mucho a la Eduvigis.
 –Así es, don Juan, por qué lo vua negar.
 –Bueno, si seguís rondando por acá donde todo tiene el perfume de su recuerdo, dentro de poco tiempo la vas a seguir al cementerio. Frutos lo miró en silencio.
 –Como yo te aprecio mucho –continuó el estanciero– y mañana o pasado me podés hacer falta, he resuelto que te vayas de aquí...
 –¿Me echa, patrón? –preguntó el hombre, dolorido.
 –No m’hijo. Es para tu bien y, también, para mi conveniencia, que te alejo de la estancia. Sólo quiero que vayas de comisario a Capibara-Cué. (Ayala Gauna 47-49)

Es un momento signado por la informalidad: el estanciero es la “ley” del lugar y, por lo tanto, puede tener potestad de nombrar a un comisario; Frutos Gómez, elevado a ese cargo sin haber tenido más instrucción que la experiencia como soldado en las guerras civiles de la provincia y como encargado de estancia. El protagonista de los cuentos de Ayala Gauna es alguien de confianza del hombre fuerte de la zona, quien es también “la única ley” (47). Por eso, se atribuye la potestad de nombrar comisario a su capataz. Así, Frutos Gómez pasa a ser la representación legal y figura de autoridad en Capibara-Cué.

Circunstancias parecidas atraviesa Laurenzi, según se dice en el cuento “Transposición de jugadas”:

Laurenzi trabajó un tiempo de peón en una estancia que era de un ministro de Yrigoyen, antes de pasar a la isla y hacerse vigilante en Lamarque. Lamarque era un pueblo de quinientas almas, sobre el Brazo Chico del río, en el sur de la isla, pero su relación obligada en tierra firme era Choele-Choel, que estaba al norte, sobre el Brazo Grande, “y ahora es ciudad, y ha progresado mucho”, comentó Laurenzi. (Walsh 77)

⁵ *Cherubichá* en guaraní significa “mi padre grande” (Ayala Gauna, “El arribo” 210).

Aparece una autoridad local informal y privada que regula o incide en la creación y funcionamiento de una estructura formal estatal. Un estanciero designa a un capataz de su propiedad como comisario, en el caso de Frutos Gómez. Por su parte, Laurenzi tiene en su curriculum haber trabajado en la estancia de un ministro del Presidente. En ninguno de los dos casos hay formación requerida para sus designaciones.

Tanto Laurenzi como Frutos Gómez son, además, venidos de otro lugar.⁶ Forasteros en un espacio más o menos familiar. Así, leemos la situación del comisario Laurenzi en el cuento “Transposición de jugadas”:

—Al principio no me aceptaron, y cuando pasó esto, tuve que irme. Así que yo fracasé como vigilante —agregó sonriendo vagamente—. El comisario de Choele-Choel me había cobrado afecto, y cuando dijo que se necesitaba un hombre en la isla, agarré viaje. Me pagaban treinta pesos al mes y me dejaban tener una majadita de ovejas en un terreno del destacamento que la gente llamaba “comisaría”, pero que en realidad era un rancho con una pieza y cocina. Después supe que en el gobierno de Alvear habían construido una cárcel y un juzgado, pero en los tiempos que le hablo no había nada de eso: yo solo y mi alma como única autoridad. (Walsh 77)

Laurenzi es un migrante y eso pone de manifiesto su carácter de hombre que se hace a sí mismo y construye la propia autoridad—y también su identidad—en el lugar a partir de su labor. Antes de él casi no había nada. Su período de trabajo en la isla está marcado política e institucionalmente en su biografía por las menciones al período radical del primer Yrigoyen y de Alvear. Él es parte de ese proceso político porque su “única autoridad” es justamente la que crea el espacio de institucionalidad de Choele-Choel, que es la comisaría. El reconocimiento, por parte de los habitantes, de ese “rancho con una pieza y cocina” como “comisaría” descansa sobre la propia y “única autoridad” de Laurenzi (Walsh, “Transposición”, 77). De la suerte del ejercicio de esa autoridad, entre otras cosas, vendrá después la ampliación hacia “una cárcel y un juzgado” como iniciativa del gobierno

⁶ De Frutos Gómez se dice en “El arribo” que era de “San Luis del Palmar” (Ayala Gauna 47) en la Provincia de Corrientes, mientras que en el caso de Laurenzi es un poco confuso porque en “Transposición de jugadas” se indica que había nacido más al sur de Río Negro (Walsh 76) y en otro cuento, “Simbiosis”, el mismo comisario se reconoce como “hombre de Buenos Aires” (Walsh 19).

(Walsh, “Transposición”, 77). La precariedad en la construcción de una figura que representa la ley y la organización estatal exige un plus de subjetividad, más arrojo físico, porque lo institucional escasea.

Don Frutos Gómez pasa por una situación similar, justamente por no ser del lugar y a pesar de ser el designado por el hombre fuerte de la zona. En “El arribo”, el flamante comisario entra como “forastero” a la pulpería de su nuevo pueblo. Un moreno toca la guitarra y al escuchar que ése va a ser el comisario se burla de él en tono amenazante.⁷ Hay un intento de pelea a cuchillo en que el nuevo comisario domina y se impone. Acto seguido, “se pusieron a conversar y como el camorrero andaba sin ocupación enseguida quedó incorporado como agente” (Ayala Gauna, “El arribo” 52). Con coraje e informalidad se producen respectivamente la puesta en funciones del comisario y el reclutamiento del primer subalterno.

Capibara-Cué, el pueblito donde Frutos Gómez oficia de comisario, es claramente un lugar último y lejano respecto de la centralidad estatal. En el primer cuento de *Los casos de don Frutos Gómez*, el ya mencionado “El arribo”, que narra la llegada del comisario, se dice del lugar:

Capibara-Cué era un modesto poblado de la costa correntina, enclavado en una áspera barranca del Paraná. En un principio fue apeadero de contrabandistas, pero, luego se fueron asentando pescadores, nutrieros, exiliados paraguayos, gente que iba de paso y concluía por afincarse, etcétera. (Ayala Gauna 49)

En ese espacio límite se establece la institución policial. La comisaría comienza a ser el lugar donde, a través del ingenio de Frutos Gómez, suelen resolverse o ponerse entre paréntesis las contradicciones de esa pequeña sociedad.

En el cuento “El permiso”, se cuenta una historia que ilustra la múltiple funcionalidad del comisario. Una chica joven y bella, Petronila, es custodiada con celo por su madre, la viuda Ña Micaela, ante el asedio de los pretendientes del pueblo. Un día la chica es sorprendida en pleno campo y violada por un anónimo. Para atrapar al violador, don Frutos junto con el doctor Levinsky hacen correr el rumor de que Petronila tiene lepra y se recomienda tomar un medicamento para su cura. Rápidamente, y ante la amenaza del leprosario como destino, Pancho López se descubre culpable

⁷ Recuérdese la pelea de Fierro con el moreno en el *Martín Fierro*.

al ir a pedir el medicamento. La solución es obligar al culpable a casarse con su víctima. De este modo, la enfermedad y la epidemia funcionan como disciplinadores sociales. La cárcel y el Lazareto como lugares de reclusión. Pancho López prefiere lo primero a lo segundo. La enfermedad actúa como trampa para atrapar culpables.

Este es un cuento sobre las instituciones como formas de control social. La institución médica, el Lazareto, la cárcel y el matrimonio conforman un conjunto de dispositivos para reingresar al delincuente—en este caso un violador—al espacio de la vida civil. La amenaza, la trampa y el miedo ante la evidencia de la verdad médica son también otras estrategias que restituyen el orden social. El delito de violación finalmente se redime con la institución matrimonial. Es una solución conservadora por cuanto la voz de la víctima no aparece bajo ninguna forma, si no es a través del deseo de justicia entendido por la madre. La violación de la mujer termina por resolverse en un circuito de hombres que no consultan ni tácticas ni respuestas posibles, ni con la víctima ni con la madre.

De este modo, la condena no va a ser por la violación. De hecho, el cuento nunca deja sentada la gravedad del delito, siempre absorbida por el tono jocoso de los personajes. Lo ilícito, como lo pone en claro la madre, doña Micaela, al final del relato es no haber pedido “permiso” (Ayala Gauna, “Permiso”, 63), lo que demuestra el tipo de lazo que existe entre la madre y la hija. Hay una cuestión de dominio que la propia resolución del caso no soslaya. Se restituye la honra con la aceptación sin reparos de ambos “prometidos” de un nuevo lazo de pertenencia, que restituye en la comisaría, sede de la institución policial, la moral perdida en el lugar sin ley ni moral de la naturaleza “entre los árboles” (Ayala Gauna, “Permiso”, 56), donde sucedió la violación. Así, bajo la autoridad del comisario se clausura una diversidad de conflictos religiosos, violentos, de género, morales y hasta médicos.

En la medida de lo posible, don Frutos prescinde de acudir a la justicia. “Su” justicia encuentra funcionamiento en un modo territorial de ejercicio. Esa forma, ese dominio, ese conocimiento del espacio pero también del comportamiento de los que lo habitan es el *saber* de Frutos Gómez.

Para resaltar aún más ese *saber*, se coloca frente al comisario a otro personaje, que es el opuesto y a la vez el complemento. La situación escenifica una contienda de procedimientos que pugnan por dominar el hecho delictivo. Esta fórmula replica, de algún modo, las duplas clásicas de Dupin y su amigo o Holmes y Watson. Aquí funciona con don Frutos Gómez y el oficial sumariante Arzásola, mientras que en los relatos de Walsh, la contienda se traslada al marco del relato donde Laurenzi cuenta sus anécdotas a Daniel Hernández.⁸ Como sostiene Víctor Pesce, Laurenzi aparece en estos diálogos como el “portador de un empírico saber popular” y mantiene un “contrapunto dialéctico con Daniel Hernández, quien es poseedor de una formación y una sabiduría más intelectuales” (57).

El oficial sumariante Arzásola es un hombre venido de la ciudad, portador de un conocimiento sistematizado y con una bibliografía que lo respalda. El comisario rural, en cambio, no tiene para exhibir más que resultados. El enfrentamiento es el núcleo de una serie de cuentos que pone de manifiesto un tema recurrente y determinante tanto para la policía como para la literatura policial. Dice Diego Galeano al hablar del caso de la Policía Federal Argentina:

Si alguna cosa distingue a los escritos que la policía produce a título institucional es el tipo de saber que en ellos se despliega. Hay en él una tensión constante entre la posibilidad de fijar reglas por escrito y la imposibilidad de ponerlas en acto. La cultura policial es idiosincrásica y los textos que engendra tienen una suerte de propensión natural a escaparse de los límites que se le estipulan. (...) El saber policial transita un espacio liminar, un territorio de negociación entre lo codificado y lo discrecional, un estar *entre* la rigidez de la norma escrita y las urgencias de las prácticas. (50-51)

Esa tensión es percibida por Arzásola a medida que suceden los casos en que tiene que intervenir con su instrumental técnico y teórico, pero que don Frutos Gómez administra de modo más práctico. Hay un territorio incierto que tiende a lo “discrecional” y es por eso que la escritura policial se cierra sobre sí misma y produce textos de consumo interno que no ven la luz sino dentro de la propia institución. La seguridad se vuelve terreno de expertos.

⁸ Daniel Hernández es el protagonista-detective del primer volumen de cuentos policiales de Rodolfo Walsh, *Variaciones en rojo* (1953). En los cuentos de la serie del comisario Laurenzi se transforma en el receptor de las anécdotas del policía retirado. Daniel Hernández es también el seudónimo que usó Walsh para firmar los cuentos de esta saga cuando aparecieron por primera vez en *Vea y Lea*.

La praxis policial pasa a ser un secreto para los que pertenecen al orden institucional de la fuerza. Eso deja lugar a las especulaciones y al desarrollo de un universo imaginado de controles, procedimientos, dobles identidades y otras problemáticas del orden de lo secreto que constituyen, en parte, los problemas de la ficción policial. Ése es también el paso de las *lecturas* a la *escritura* de Arzásola. El oficial sumariante que leía manuales de formación profesional y repetía saberes técnicos, luego, en el contacto con la praxis policial en el territorio rural, se vuelca a la escritura de un diario personal. Allí atestigua la apertura de la personalidad de Arzásola en relación con el accionar de don Frutos, al mismo tiempo que mantiene esa experiencia en los márgenes cerrados de la confesión, sólo para sí mismo. Al final del cuento “La pesquisa de don Frutos”, el oficial, resignado a reconocer el éxito del comisario, ante una mesa tambaleante “tomó el libro de psicología y lo puso debajo de la pata renga” (Ayala Gauna 91). El pasaje de la lectura a la escritura es también un símbolo de la postulación de estos relatos: un pasaje de la teoría a la acción.

El *resultado* es el capital con el que Frutos Gómez gana la contienda y se coloca en un lugar político. La disputa entre el comisario rural y el oficial sumariante, recomendado por el Jefe de Policía de la capital correntina, no es otra que la de campo/ciudad bajo la forma de confrontación metodológica. En el cuento “La pesquisa de don Frutos”, llegan a la comisaría a avisar de un asesinato y rápidamente surge la queja de Arzásola por la diferencia de ritmos. El comisario toma sus mates ante la ansiedad del oficial por acudir a la escena del crimen. La tranquilidad de don Frutos es la de quien conoce el pulso de los acontecimientos en su área de control. Como Arzásola no se convence, se lo ve chocando contra la pared de Capibara-Cué durante toda la colección de cuentos.

Arzásola, entretanto, seguía acumulando elementos con criterio científico,

pero se encontraba un poco desconcertado. En la ciudad, sobre un piso encerado, un cabello puede ser un indicio valioso, pero en el sucio piso de tierra de un rancho hay miles de cosas mezcladas con el polvo: cabellos, recortes de uña, llaves de lata de sardina, botones, semillas, huesecillos, etcétera. Desorientado y después de haber llenado sus bolsillos con los objetos más heterogéneos que encontró a su paso, dirigió en otro sentido sus investigaciones. Junto a la puerta y cerca de la ventana encontró una serie de

pisadas y, entre ellas, la huella casi perfecta de un pie. (Ayala Gauna, “La pesquisa”, 84)

El oficial experimenta la contradicción entre la teoría y la práctica al mismo tiempo que se va dando cuenta de cierta inadecuación entre sus propuestas y el objeto, entre su método y el lugar de aplicación que muestra rápidamente una serie de características que desbordan su marco teórico. Mientras Arzósola hace lo que marcan los libros sin atender a lo que tiene delante, el comisario observa el cadáver del Tuerto Méndez, ve las puñaladas en su espalda y dice:

–Forastero... –gruñó.

Luego buscó un palito y lo introdujo en las heridas. Finalmente lo dejó en una de ellas y aseveró:

–Gringo.

Se irguió buscando algo con la mirada y, al no encontrarlo, dijo al cabo:

–Andá, sacale laj riendas al rosillo qu'es mansito y traémelas...

Cuando al cabo de un momento las tuvo en sus manos, midió con una la distancia de los pies del difunto hasta la herida y luego, transportándola sobre el cuerpo de Leiva, alzó un brazo y lo bajó. No quedó satisfecho, al parecer, y, poniéndose en puntas de pie repitió la operación.

–¡Ajá! –dijo–. Es más alto que yo, debe medir un metro ochenta más o meno. (Ayala Gauna, “La pesquisa”, 83)

Don Frutos Gómez recurre a los elementos que tiene a mano, hace especulaciones teniendo en cuenta quiénes suelen cometer delitos (como se ve en muchos de estos cuentos, por ser este pueblo un lugar fronterizo, paso de varios que escapan de las leyes de otros países, el extranjero suele transformarse en principal sospechoso),⁹ observa patrones comunes al lugar y revisa las conductas tanto de la víctima como del sospechoso. En base a esas conjeturas, suele después hacer un salto y determinar quién es el culpable. El accionar del comisario, aparece como infalible. “–¡Metelo preso! Este es el criminal” (Ayala Gauna, “La pesquisa”, 89) es una frase que don Frutos repite con variantes. Los reos tampoco suelen defenderse ante la sentencia de culpabilidad. Frutos Gómez es el inicio y el fin del

⁹ Sin embargo, esta es una característica del género policial en general y aparece desde el comienzo. En “The Murders in the Rue Morgue” los testigos del asesinato de las dos mujeres coinciden en haber escuchado a alguien hablando algún idioma extranjero dentro de la habitación del crimen. Después resulta ser que eran los ruidos producidos por un orangután.

accionar de la ley, y así afirma la autosuficiencia de la policía rural.

La ponderación de la visión policial es una marca importante en los relatos de estos dos autores. En “La trampa” de Walsh, Daniel Hernández expone las dos visiones, la policial y la literaria: “Cuando estoy con el comisario Laurenzi, todo lo que me cuenta despierta en mí análogas reacciones. Como en esos tests psicoanalíticos, él dice ‘Accidente’, yo pienso: ‘Asesinato’. Él dice ‘Suicidio’, yo pienso: ‘Fraguado’” (Walsh 32-33). Es decir, la rutina versus la inventiva, lo común versus lo extraordinario. Las miradas policiales de Laurenzi y Frutos Gómez imponen lo rutinario como procedimiento. Pero eso no es todo porque en el caso de Frutos Gómez sucede algo más.

Por un lado, Arzásola, con el tiempo y la acumulación de resultados de las investigaciones de don Frutos, termina por aceptar la primacía de los métodos rurales. Sin embargo, el comisario de Capibara-Cué asimila también ciertos conocimientos de Arzásola. En el cuento que lleva por título “El psicoanálisis”, el oficial sumariante se pone a leer un libro de psicoanálisis en la comisaría de Capibara-Cué. Don Frutos se interesa y pregunta:

- ¿Y cómo pa trabaja el sircoanálisi ese que decí vo?
- En lo substancial no es sino el estudio de las palabras o de los actos que dicen o realizan las personas, en forma inconsciente, para relacionarlas con un hecho determinado...
- ¡Cha que sos difísil, m'hijo! ¿Y qué pa 'e inconsciente?
- Lo que se hace sin pensar, en forma habitual y automática... casi por costumbre, como usted por ejemplo, cuando está preocupado, se tira de la barba... (Ayala Gauna, “El psicoanálisis”, 115)

Como una de las principales características de Frutos Gómez es conocer el accionar y modo de pensar de la gente de Capibara-Cué, es decir, su psicología,¹⁰ en la lógica de estos relatos surge su doble culto. Y si otras veces esos conocimientos son desestimados por el comisario, en no pocas ocasiones son tomados y utilizados, como en este cuento. Sucedió un robo con agresión y hay dos sospechosos. Luego de un sutil pero inútil interrogatorio de Arzásola, el comisario hace su intento. Los acusados habían pasado la noche sin tomar agua. El comisario los hace pasar de a

¹⁰ Hay que recordar que éste un legado de su antiguo patrón, don Juan Román, quien era “gran conocedor de hombres” (Ayala Gauna, “El arribo”, 47-49).

uno y les convida una naranja. Uno, paciente, la pela y la come con cuidado. El otro, atolondrado, se abalanza y la ataca a mordiscones. El comisario determina que el atacante fue este último porque el que robó a don Casiano, la víctima, le pegó de refilón sin apuntar y lo revisó superficialmente, todas actitudes propias de alguien no muy meticoloso. Ante la duda planteada por Arzásola, don Frutos responde: “¡Qué me vua equivocar m'hijo! El sircoanálisi no engaña...” (Ayala Gauna, “El psicoanálisis”, 116).

La contienda siempre es controlada por el comisario, quien logra incorporar al vencido a su fuerza policial al mismo tiempo que sus saberes. Don Frutos cede, pero no otorga.¹¹ Después de los métodos transmitidos de Arzásola al comisario a través de la explicación del psicoanálisis, y cuando se supone que don Frutos logra resolver ese caso aplicando el nuevo saber, se escuchan unos gritos desde la celda del reo. Son los latigazos del cabo Leiva, su ayudante, para saber dónde está escondido el dinero robado. Es la vuelta a metodologías comunes de la comisaría después de la concesión de don Frutos. La tortura funciona como la investigación por otros medios. Cuando aparece la tortura es cuando se detiene el curso de la pesquisa. Para Ernst Bloch, ésta es justamente la condición de aparición de la literatura policial. La confesión era, antes de la Ilustración, la *regina probationis* y el modo de conseguirla era generalmente la tortura. Pero se sustituye debido a su carácter falible, dado que el hecho de ser bajo tortura o el producto de una falsa acusación atentaba contra su veracidad. Así, la confesión es sustituida por la evidencia. Para Bloch, “evidence is more civilized than torture and suspenseful in a different way” (247). El trabajo de la recolección de evidencias y pruebas es lo propio del detective.

Al igual que el psicoanálisis explicado por Arzásola, que estudia conductas alojadas en el subconsciente, imposibles de evitar, la tortura de

¹¹ Eugenio Castelli ve este proceso de un modo similar: “[M]ientras uno de los primeros cuentos—*La pesquisa de don Frutos*—lo enfrenta al oficial Arzásola, prototipo de policía científico, de escuela, un poco a lo yanqui, ridiculizándolo en el choque de sus técnicas modernas con la sagacidad campesina de don Frutos, poco a poco irá mostrando mayor simpatía por el joven policía, y en algunos cuentos de *Don Frutos Gómez, el comisario*, ya lo vemos adaptado a algunos procedimientos y enseñanzas de Frutos, mientras que el comisario no desdeña ya, ni se ríe, de los métodos científicos de aquél, que hasta llega a emplear para complementar sus pesquisas” (53-54).

Leiva aplicada al culpable, aparece como una más de esas formas de actuar repetidas y rutinarias de la tarea policial. Esas no se indagarán porque son para resolver el crimen, no para perpetrarlo. Esa es la lógica que impone el relato porque todo se resuelve entre las paredes de la comisaría.

La única preocupación del comisario es la utilidad política de los métodos. Don Frutos Gómez intenta mantener el orden dentro de su comunidad y que nadie desafíe ese clima de gobernabilidad construido sobre una serie de silencios que van desde los abusos laborales dentro de las estancias hasta los sexuales. Ese es también su paradigma de cultura coercitiva, ligado a un *etos* de justicia consuetudinaria más antiguo y paternalista, con el que, por otra parte, el mismo narrador parece coincidir. Pero al mismo tiempo, puede incorporar nuevos saberes sin por eso renunciar a los propios. El psicoanálisis sirve para detectar al culpable, pero la confesión sigue siendo terreno exclusivo del látigo del cabo Leiva.

En cuanto a los *saberes policiales*, por el lado de Walsh, lo que existe es una desconfianza en la profesión de policía como tal por parte del propio comisario Laurenzi. Los diferentes destinos a los que es asignado el comisario van conformando, en base a varios errores, un saber sobre el mapa nacional y sus problemas. En varios momentos Laurenzi se lamenta de haber resuelto mal las cosas. A diferencia de Frutos Gómez, Laurenzi sabe que esa “psicología” popular es esquiva. El cuento “Simbiosis” comienza con el lamento de Laurenzi: “Pero el corazón secreto de la gente, usted no lo comprende nunca” (Walsh 17). Y esto sucede muy a pesar del lugar que ocupa: “Y eso es asombroso, porque soy un policía. Nadie está en mejor posición para ver los extremos de la miseria y la locura. Lo que pasa es que uno también es un ser humano” (17). La rutina que es solución salvadora para Frutos Gómez, para Laurenzi es parte del problema.

Siempre las mismas elipses concéntricas, las mismas pasiones, los mismos vicios. Con tres o cuatro palabras explicamos todo: un crimen, una violación o un suicidio. Vea, queremos que nos dejen tranquilos. ¡Pobre de usted si me trae un problema que no se pueda resolver en términos sencillos: dinero, odio, miedo! Yo no puedo tolerar, por ejemplo, que usted me salga matando a alguien sin un motivo razonable y concreto. (Walsh, “Simbiosis”, 17)

Laurenzi percibe allí un cansancio, una costumbre cuestionable. Por eso se permite hacerse reproches ante los errores, porque logra ver un poco más

allá del método. Se repiten en los cuentos los recuerdos de fallidos muchas veces fatales. Así sucede en el último cuento de la saga, “En defensa propia”. La rutina que lleva al cansancio, el cansancio que lleva a querer salir de la rutina y ponerse en el lugar del otro, del criminal: “Yo notaba que me iba poniendo flojo, y era porque quería pensar, ponerme en el lugar de los demás, hacerme cargo. Y así hice dos o tres macanas, hasta que me jubilé” (Walsh, “En defensa”, 87). El cuento es una de esas “macanas”. Como señalan Braceras, Leytour y Pittella, en el género policial es permanente ésta “tensión entre la ley y la verdad” (102). Y en el caso de Laurenzi, esa tensión se da en el plano de la duda sobre el método, la crítica a la rutina después de haber sucumbido a ella y el lamento sobre el “error” irremediable. El tono reflexivo de Laurenzi contrasta con el puro accionar de Frutos Gómez, que no suele dudar.

Hay un salto de complejidad en la propia tarea de estos policías rurales. Además de la geografía, es necesario conocer el “corazón secreto de la gente” (Walsh 17). Ése es el plus con el que cuenta don Frutos Gómez. En Capibara-Cué y en Choele Choel, el conocimiento del comportamiento de su gente, la aplicación de una psicología consuetudinaria antes que libresca, debe ser parte del manual de operaciones de estos pesquisantes.

Entre esos comportamientos que tanto Laurenzi como Frutos Gómez deben descifrar en sus investigaciones, muchas veces tienen que trabajar con discursos mítico-religiosos que se resisten a la lógica de lo legal, pero que, en algunos casos, son el único testimonio con el que cuentan. En el artículo ya citado de Braceras, Leytour y Pittella, las autoras agrupan los cuentos de Laurenzi de acuerdo a la presencia de estos discursos ligados a lo mítico-religioso. Ese conjunto está “formado por 'Simbiosis', 'La trampa' y 'Los dos montones de tierra’” donde aparecen “el monstruo, la luz mala y el diablo respectivamente” (100). Cuando sucede esta colisión de explicaciones de una causalidad para un crimen o un delito, la de una cadena racional y la de otra sobrenatural, la narración entra también al género del *relato de misterio*.¹²

¹² Messac señala lo siguiente para distinguir al policial del género de misterio: “Dans une histoire mystérieuse, une mystery story ordinaire, le mystère n'est pas nécessairement dissipé à la fin de récit. Il peut rester entier, et c'est même en cela que réside souvent le principal attrait de l'histoire” (6). Hay que recordar

En el cuento “Simbiosis” se relata el asesinato de un curandero y predicador, “el Manosanta”, quien había estado agrupando, con la promesa de milagros, a la gente del lugar, en su mayoría indígenas que trabajaban como hacheros, gente pobre y “enferma: tullidos, lisiados, ciegos, hombres y mujeres cubiertos de llagas y de pústulas” (Walsh, “Simbiosis”, 21). No hay ninguna explicación racional para descubrir al asesino y en esa atmósfera influida por las palabras del “Iluminado” asesinado surgen las explicaciones sobrenaturales: un monstruo, el diablo. Las pistas que indican que el asesino debió ser alguien pesado acumulan evidencia para el lado monstruoso. Pero el asesino sobrenatural de dos cabezas resulta ser una “simbiosis” de dos seres naturales. Un tullido montado arriba de un ciego. Al ciego lo mueve el robo, mientras que al tullido el milagro alojado en la sangre del “Iluminado” donde estaba “la curación de todos los males” (Walsh, “Simbiosis”, 29): un monstruo de dos deseos, material y espiritual.

Mientras el “Manosanta” agrupa pobladores para sanarlos a través del milagro de su santo poder, el comisario quiere dispersar a la masa de creyentes con un discurso sanitario: “Se van a apestar todos con tanto amontonamiento” (23). Los dos buscan una dimensión performativa de sus palabras: el discurso del orden y la salud públicos en boca de la única autoridad del pueblo y el de la curación por la palabra del milagrero. Ambos personajes se hacen cargo de lo que instituciones más específicas del estado no hacen aún. El “Iluminado” promete la sanación en nombre de la religiosidad popular, mientras que el comisario intenta evitar lo que la ausencia institucional no va a poder remediar.

Este tipo de relatos suelen cargar de pruebas el lado sobrenatural para hacer más enigmática la historia y ponderar aún más la resolución racional del enigma. Esta mayor producción de datos en favor de lo irracional termina por convertirse en la premisa del razonamiento lógico de la solución del problema. Así, lo determinante es el testimonio de una vieja que “había visto al diablo rondar el campamento” y que “tenía dos cabezas” (Walsh, “Simbiosis”, 27). Ese testimonio unía y les daba un sentido lógico a los imposibles sospechosos que eran el ciego y el tullido. De modo que el relato mítico termina por aportar la información necesaria para la

que para Todorov esa indefinición o duda era condición del género fantástico. Ver Todorov, *Introducción a la literatura fantástica*.

resolución racional del enigma de la muerte del “Manosanta”.¹³ Y este proceso se da a medida que la entidad santa del personaje se diluye: el Manosanta e Iluminado se convierte en Varela, el curandero, “farsante, [que] hacía dinero con sus sermones y falsos milagros” (Walsh, “Simbiosis”, 29).

Este tipo de oposiciones con discursos de tipo mítico-religioso se repite en otros casos de Laurenzi, pero también en algunos de los cuentos de Frutos Gómez. En “Los espíritus”, el suicidio dudoso de Casilda, una viuda de Capibara-Cué, parece no tener solución, a pesar de que el comisario está seguro de que se trata de un asesinato. Don Frutos decide consultar a una espiritista, Ña Belén. Sin embargo, los datos suministrados por ella son utilizados en clave racional. El policía sabe que Ña Belén es la persona que conoce todos los chismes y secretos del pueblo. La lectura de cartas y la consulta de espíritus es el modo en que la espiritista revela las infidelidades y amoríos en los que la víctima estaba envuelta, de modo que así se supo que un amante la había matado. El chisme logra unir el mundo espiritista con el de la investigación.

3. Conclusión

El conocimiento geográfico, propio de los rastreadores, y del comportamiento humano sumados a la rutina policial muestran una particularidad del *policial campero* que tiene a la figura del comisario rural como pesquisante. Frente a posiciones teóricas inadecuadas para el territorio y a discursos mítico-religiosos, aparece la necesidad de la comprensión psicológica y de la explicación racional como formas de conocimiento elaboradas en el trato diario, en la relación de proximidad de esa autoridad con los componentes de la sociedad del campo. No se trata de un detective *amateur* o de un enviado para resolver un caso. Ambos, Frutos Gómez y Laurenzi llegan de afuera para vivir, para quedarse, pero también para generar el dominio político basado en el control social de la comunidad bajo el imperativo de la racionalidad estatal.

Esta proximidad marca también una diferencia importante entre esos relatos rurales con comisarios y el género policial urbano. Señala D. A.

¹³ De forma análoga, aunque invertida, opera Frutos Gómez con el discurso científico de Arzásola.

Miller:

[I]n the special case of detective fiction, where police detectives often hold center stage, the police never quite emerge from the ghetto in which the novel generally confines them. I don't simply refer to the fact that the work of detection is frequently transferred from the police to a private or amateur agent. Whether the investigation is conducted by police or private detectives, its sheer intrusiveness posits a world whose normality has been hitherto defined as a matter of *not needing* the police or police-like detectives. (3)

Por diversas razones que van desde la precariedad estatal hasta la polifuncionalidad de la comisaría y sus agentes, tanto Laurenzi como Frutos Gómez tienen una centralidad como personajes en los relatos que supera lo estrictamente policial. De modo que no aparecen como personajes que surgen oportunamente de un “gueto” especializado y marginal en esa sociedad sólo para resolver casos criminales extraordinarios, sino que son parte y referencia permanente de esa comunidad. Este hecho les otorga una dimensión política además de la estrictamente legal. Y para ejercer esa función ponen en práctica una serie de saberes específicos del ámbito rural que exceden el ámbito teórico de la detección y sus propias funciones policiales. La novedad del espacio y del personaje provoca cambios fuertes en el género tanto en el nivel metodológico de las pesquisas como en el papel de la sociedad en la que se desarrolla la trama de los casos.

Bibliografía

Ayala Gauna, Velmiro. *Los casos de don Frutos Gómez*. Buenos Aires: Huemul, 1979. Print.

---. *Don Frutos Gómez, el comisario... y otros relatos*. Rosario: Hormiga, 1960. Print.

Benjamin, Walter. *Iluminaciones II*. Prólogo y traducción de Jesús Aguirre. Madrid: Taurus, 1972. Print.

Bohoslavsky, Ernesto. “Modernización estatal y coerción: el lugar de la

- policía en el avance del Estado argentino en la frontera (1880-1946)". *La policía en perspectiva histórica. Argentina y Brasil (del siglo XIX a la actualidad)*. Ernesto Bohoslavsky, Lila Caimari y Cristiana Schettini eds. CD-Rom: Buenos Aires, 2009.
- Braceras, Elena, Cristina Leytour y Susana Pittella. "Walsh y el género policial". *Textos de y sobre Rodolfo Walsh*. Jorge Lafforgue ed. Buenos Aires: Alianza, 2000. Print.
- Caillois, Roger. "La novela policial". *Sociología de la novela*. Buenos Aires: Sur, 1946. Print.
- Castelli, Eugenio. "Ayala Gauna y la literatura regional". *Ayala Gauna, narrador y poeta*. L. A. Castellanos, E. Castelli, J. Antolini, E. Dughera, L. Carranza y C. de Castellanos. Santa Fe: Colmegna, 1970. Print.
- Dughera, Eduardo A. "Don Frutos Gómez, el comisario". *Ayala Gauna, narrador y poeta*. L. A. Castellanos, E. Castelli, J. Antolini, E. Dughera, L. Carranza y C. de Castellanos. Santa Fe: Colmegna, 1970. Print.
- Galeano, Diego. *Escritores, detectives y archivistas. La cultura policial en Buenos Aires, 1821-1910*. Buenos Aires: Ediciones Biblioteca Nacional-Teseo, 2009. Print.
- Kalmanowiecki, Laura. "Policing the People, Building the State. The Police-Military Nexus in Argentina, 1880-1945". *Irregular Armed Forces and Their Role in Politics and State Formation*, Diane E. Davis & Anthony W. Pereira Eds. New York-Cambridge: Cambridge University Press, 2003. Print.
- Lafforgue, Jorge. *Textos de y sobre Rodolfo Walsh*. Buenos Aires: Alianza, 2000. Print.
- . y Jorge B. Rivera. *Asesinos de papel. Ensayos sobre narrativa policial*. Colihue: Buenos Aires, 1996. Print.
- L'Heuillet, Hélène. *Basse politique, haute police. Une approche historique et philosophique de la police*. Paris: Fayard, 2001. Print.
- Mari, Oscar Ernesto. "Milicias, delito y control estatal en el Chaco (1884-1940)". *Mundo Agrario. Revista de estudios rurales*. 11, segundo semestre, 2005. Web. 9/7/2012.

- <http://www.mundoagrario.unlp.edu.ar/mundo_agrario/numeros/numero11/mari/view>
- Messac, Régis. *Le "detective novel" et l'influence de la pensée scientifique*. Paris: Honoré Champion, 1929. Print.
- Miller, D. A. "The Novel and the Police". *The Novel and the Police*. Berkeley –Los Angeles–London: University of California Press, 2011. Print.
- Paletta, Viviana. "El primer Walsh: el género policial como laboratorio". *Anales de Literatura Hispanoamericana*. 36, 2007, 79-93. Print.
- Pérez Zelaschi, Adolfo. *Mis mejores cuentos policiales*. Buenos Aires: Lucanor, 1988. Print.
- Pesce, Víctor. "Rodolfo Jorge Walsh. El problemático ejercicio del relato". *Textos de y sobre Rodolfo Walsh*. Jorge Lafforgue ed. Buenos Aires: Alianza, 2000. Print.
- Pignatiello, Gerardo. "Facundo y los orígenes del policial campero argentino". *Cuadernos Americanos* 148.2 (2014): 11-32. Print.
- Rafart, Gabriel. *Tiempo de violencia en la Patagonia: bandidos, policías y jueces (1890-1940)*. Buenos Aires: Prometeo, 2008. Print.
- Saín, Marcelo Fabián. "La policía en las ciencias sociales. Ensayo sobre los obstáculos epistemológicos para el estudio de la institución policial en el campo de las ciencias sociales". *Estudiar la policía. La mirada de las ciencias sociales sobre la institución policial*. Mariana Sirimarco comp. Teseo: Buenos Aires, 2010, 27-56. Print.
- Todorov, Tzvetan. *Introducción a la literatura fantástica*. Barcelona: Buenos Aires, 1982. Print.
- Walsh, Rodolfo. "Los casos del comisario Laurenzi". *La máquina del bien y del mal*. Buenos Aires: Clarín-Aguilar, 1992, 15-95. Print.